

UN AUTOBÚS URBANO RUMBO AL CENTRO

acoge

entre las huellas del gas-oil quemado

una frágil estela de colonia a granel

(muchacha suburbana cosmética introduce

el billete en el bolso imitación de

legítimo ante rectifica furtiva en el espejo

la línea de los ojos certifica la

presencia sedante del paquete de rubio

emboquillado derecho de admisión)

y llega a la parada

donde

a pie firme desciende

—sobre su origen procedencia nada

queda escrito; del yeso

en las manos de padre la bayeta

servil de casa bien

de madre ya otros tiempos —las amigas

estarán al llegar

la luz ha caído ya cuando

—sucede mientras que

es primavera y suena

la bocanada dulce de la música happy

together en un cielo

solo para dos—

llegan a la penumbra de una boite

—¡proletaria on the rocks

qué tal!– en tanto

que renace el martini

ritual

(lo que sigue es la historia

de una tarde

con resquemor de alcohol

y palabras de amor posiblemente)

un autobús urbano al extrarradio

oculta bajo su agrio traqueteo

la rabia transitoria de una niña

que el sábado siguiente

volverá a ser la dulce cenicienta en palacio.